

El camino hacia una democracia centralizada: la larga porteñización de la argentina peronista*

The path towards a centralized democracy: the long porteñización of the peronist argentina

María Esperanza Casullo¹

Resumen

Este artículo hará foco en un proceso que, lento pero persistentemente, ha ido cambiando una de las dimensiones de la competencia política nacional. Se refiere a la «porteñización» de las elites políticas que compiten electoralmente por los altos cargos nacionales, sobre todo por la presidencia, y a la pérdida de relevancia de gobernadores provinciales en la competencia. Es un factor poco comentado en la producción académica, pero es un hecho que en los años posteriores a la reforma constitucional de 1994 los candidatos y candidatas a la presidencia han tenido un perfil más homogéneamente porteño, y que ha habido una pérdida de peso político de la posición de gobernadores y gobernadoras de provincias del interior como vía de acceso a la más alta magistratura. Por lo menos a nivel de las elites políticas competencia, la política argentina parece casi inexorablemente porteñizada.

Palabras claves: Sistemas de partidos políticos, política subnacional, competencia electoral, gobernadores.

Abstract

This article will focus on a process that, slowly but persistently, has altered one of the dimensions of the Argentine national political competition. It refers to the «porteñización» of the political elites that compete for high office, especially for the presidency, and to the loss of relevance of provincial governors in the political system. It is a factor little commented on by academic production, but it is a fact that in the years after the constitutional reform of 1994, the candidates for the presidency have had mostly come from the city of Buenos Aires or from their surrounding area, and that being a provincial governor has ceased to be a privileged road to the presidency. At least at the level of the political elites, Argentine politics seems almost inexorably «metropolitized».

Keywords: Political party systems, subnational politics, electoral competition, governors.

* Trabajo recibido: 30-03-2023. Aceptado: 08-06-2023.

¹ Doctora en Ciencia Política de la Universidad de Georgetown. Investigadora Adjunta CONICET-UNRN. Correo electrónico: mecasullo@unrn.edu.ar

El camino hacia una democracia centralizada: la larga porteñización de la argentina peronista

En 2023 se cumplirán 40 años del reinicio de la democracia en Argentina y de la asunción del presidente fundacional de la democracia argentina, Raúl Alfonsín. Por una coincidencia, en abril de ese mismo año se cumplieron 20 años de la elección del año 2003 de la asunción de mando Néstor Kirchner, otra de las figuras centrales que dieron forma al sistema que da forma a la política de nuestro país. En 2023, la República Argentina elegirá nuevamente un presidente. Para un país que vivió casi un siglo de inestabilidad y violencia política, no es poco poder celebrar un ciclo tan largo de democracia electoral. Sin embargo, podemos preguntarnos por la inclusión y la calidad de la vida democrática.

La llegada de Raúl Alfonsín al poder cerró un largo ciclo histórico caracterizado por la alternancia entre cortos períodos democráticos (siempre limitados, además) y gobiernos de facto cada vez más terroríficos; la elección de Néstor Kirchner también significó una clausura: el fin de un ciclo más corto en términos históricos pero que sin embargo tuvo profundas consecuencias para el país, caracterizado por la adopción optimista de reformas neoliberales a inicios de la década del 90, el desencanto para con ellas, y la explosión social causada por su fracaso en 2001. A cuarenta años de 1983 y veinte del 2003, es inevitable pensar que este año se realizará una nueva elección presidencial, y la misma probablemente constituya el momento del inicio de un nuevo ciclo político, caracterizado por el agotamiento de los dos liderazgos que reconstituyeron el sistema luego de la crisis de 2003: Cristina Fernández de Kirchner y Mauricio Macri. No existe certeza, sin embargo, en cuál será la fisonomía del ciclo que vendrá.

En este artículo, presentaremos algunas reflexiones sobre un proceso que puede ilustrarse con el origen de los cuatro presidentes mencionados hasta aquí: un presidente radical con raíces en la UCR bonaerense, un presidente santacruceño, una presidenta que mudó su base de poder político de Santa Cruz a la provincia de Buenos Aires, y un presidente jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Este año, todos los candidatos que aparecen como con chances provendrán de la ciudad de Buenos Aires o la provincia de Buenos Aires (pero aún los bonaerenses que competirán por las candidaturas son porteños «trasplantados» a la provincia). Por lo menos a nivel de las élites políticas competencia, la política argentina parece casi inexorablemente porteñizada.

El sistema político argentino en momentos de incertidumbre

Las elecciones de 1983 y 2003 tienen algo en común con la que sucederá en 2023: no tener un ganador presuntivo de antemano. En 1983 existía la incertidumbre acerca de si Raúl Alfonsín podría derrotar al otrora invencible peronismo; en 2003, sólo dos puntos separaron al primero del segundo, y ninguno de los candidatos más votados en 2003 llegó al 25% de los votos (y en realidad asumió el segundo, porque quien quedó primero no se presentó al balotaje). En 2023, se enfrentarán un peronismo que llega muy golpeado a las elecciones por su imposibilidad de controlar la inflación, y que enfrentará a una coalición opositora (Juntos por el Cambio, o al menos ese era su nombre al momento de cierre de este artículo) que está inmersa en una guerra interna de proporciones, y que aún paga los costos de la mala gestión económica durante sus cuatro años de gobierno, entre 2015 y 2019. Además, por primera vez desde 2015 un outsider amenaza con romper la (sorprendente) estabilidad del bipartidismo argentino: Javier Milei, un candidato de derecha radical, sin experiencia ejecutiva previa, con altísima presencia mediática, y que según las encuestas tiene posibilidad de quedar primero en las elecciones de primera vuelta.

El camino que nos ha traído desde 2003 hasta esta fecha puede narrarse tanto a partir de las rupturas y crisis como de las continuidades (entre ellas, la persistencia del fenómeno inflacionario). En este artículo, me concentraré en hacer foco en un proceso que, lenta pero persistentemente, ha ido cambiando una de las dimensiones de la competencia política nacional. Me referiré a la «porteñización» de las elites políticas que compiten electoralmente por los altos cargos, sobre todo por la presidencia, y a la pérdida de relevancia de gobernadores provinciales en la competencia. Es un factor poco comentado en la producción académica, pero es un hecho que en los años posteriores a la reforma constitucional de 1994 los candidatos y candidatas a la presidencia han tenido un perfil más homogéneamente porteño, y que ha habido una pérdida de peso político de la posición de gobernadores y gobernadoras de provincias del interior como vía de acceso a la más alta magistratura.

El nombre (provocativo) de «porteñización» intenta apuntar a algo relacionado con, pero diferente de, el concepto de nacionalización del sistema de partidos. Para decirlo brevemente, existe consenso en la literatura de la ciencia política sobre el hecho de que la Argentina contó desde 1983 a 1995 con un sistema de partidos con congruencia entre los

niveles nacional y subnacional, que este sistema comenzó a desestructurarse entre 1995 y 2001, y que luego sufrió un proceso de desnacionalización que tuvo su pico en el año 2003. El sistema comenzó a renacionalizarse con la consolidación del liderazgo de Mauricio Macri, luego de 2007, y la conformación de Cambiemos, luego juntos por el Cambio. A partir de ese momento, aumentó la congruencia del sistema, se redujo el número de partidos en competencia, y la dinámica legislativa se organizó alrededor de dos bloques, peronismo y macrismo.

Sin embargo, este artículo busca señalar que esta renacionalización parece darse con características innovadoras, ya que, por un lado, el peronismo ha perdido su carácter de «partido eje» estructurante de la competencia, y, por el otro, el «centro de gravedad del sistema» se ha desplazado con fuerza hacia la ciudad de Buenos Aires y su área metropolitana luego de la reforma de 1994, que dictó una constitución, creó la figura del Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y aseguró la autonomía del distrito del Poder Ejecutivo Nacional. Estos dos procesos, sumados a la abundancia de recursos fiscales propios de la Ciudad, y un centralizado sistema de medios capitalinos que se miran en todo el país, reforzaron la centralidad de la ex Capital Federal y sus zonas aledañas (lo que suele llamarse Conurbano bonaerense) en la política nacional: luego de la reforma, los dos presidentes no peronistas han sido previamente jefes de gobierno de CABA, y este año el actual intendente será candidato. El jefe de gobierno es automáticamente un precandidato a presidente con chances: no sucede lo mismo, hoy, con ningún gobernador, ni siquiera con el de la Provincia de Buenos Aires.

Este proceso causó la pérdida de posibilidad de acceso de gobernadores del interior a posiciones de liderazgo nacional. El argumento final es que este nuevo patrón de renacionalización no necesariamente redundará en una mayor previsibilidad de la gobernanza nacional, como es el supuesto de gran parte de la teoría, sino que, por el contrario, bien puede asociarse a mayor polarización y bloqueo legislativo.

El bipartidismo argentino: su crisis, desnacionalización, y re-nacionalización

La elección de 1983 pareció simplemente retomar el juego de la competencia democrática donde había quedado en 1976, en un sistema político bipartidista pero asimétrico, con un partido-eje alrededor del

cual se estructuraba la competencia (el peronismo) y otra fuerza definida sobre todo como oposición al primero. Este esquema fue caracterizado como de país con partido sin sistema o partidos-eje (Cavarozzi y Casullo, 2002, 13). Los partidos-eje pueden perder elecciones, pero aún haciéndolo mantienen pisos altos de apoyo electoral y control de bloques clave en el poder legislativo. Los dos casos tempranos de esta categoría fueron México y Argentina, y luego se sumaron Bolivia y Paraguay. En estos países, la política estaba estructurada alrededor de «partidos eje», con orientación nacionales y populares, proyectos industrializantes, y modalidades de articulación política populista, a menudo asociadas con liderazgos personalistas (Cavarozzi y Casullo 2002, 13).

En términos de Ostiguy (2009), el carácter de «eje» del peronismo estaba relacionado con la centralidad del clivaje peronismo/antiperonismo. En el caso argentino, éste era tan importante como el eje izquierda/derecha para comprender la conformación del sistema político: el peronismo contenía dentro de sí un ala izquierda y una derecha, y lo mismo sucedía dentro de la oposición. Izquierda y derecha no peronista estaban más cerca entre sí que con los subsectores ideológicamente similares del otro lado de «la grieta». Además, para Ostiguy existía una asimetría entre el campo peronista y el campo no-peronista, en el sentido en que los partidos de la oposición se movían en el espacio ideológico, en gran medida, como reacción a los posicionamientos del peronismo. Es decir, en los momentos en que el liderazgo peronista abrazó políticas neoliberales, el propio sistema decantó en una oposición ubicada en el cuadrante no peronista-centroizquierda; cuando el peronismo renovó su liderazgo y cambió sus políticas hacia el cuadrante peronista-centro izquierda, esto generó el ascenso de una oposición hegemónizada por un partido de derecha, es decir, por el PRO.

La posición de partido-eje del peronismo pareció estar amenazada en 1983, con la victoria de Raúl Alfonsín. El radicalismo fracasó en el difícil desafío de llevar a buen puerto la «doble transición» (Cavarozzi y Casullo, 2002, 15) simultánea a la democracia y la economía de mercado, y esto frustró la intención de construir un «tercer movimiento histórico» capaz de trascender la distinción entre peronismo y antiperonismo. El fracaso del alfonsinismo preservó al peronismo, sin embargo, a pesar de perder las elecciones en 1989 la UCR se consolidó como el partido de oposición y obtuvo un porcentaje alto de votos tanto en ese año como en 1991 y 1993. El bipartidismo parecía asegurado.

El bipartidismo comenzó a resquebrajarse luego del llamado «Pacto de Olivos», cuando su propio electorado quedó desencantado con lo que pareció una colaboración con el proyecto reeleccionario de Menem (Casullo, 2015). Así, en las elecciones presidenciales de 1995 apareció como un actor relevante un tercer partido, el FREPASO, que también mostró su crecimiento en las elecciones de 1997. Así, se creó finalmente una coalición entre la UCR, que aún disminuida electoralmente se sostenía en una estructura territorial extendida en gobernaciones e intendencias y en la segunda bancada del Congreso Nacional, y el FREPASO, que si bien no tenía base territorial propia había demostrado su potencial electoral entre las clases medias.

Sin embargo, el peronismo ganó la elección de 1995 con comodidad. Así, el viejo partido-eje había mostrado su capacidad de girar, y al hacerlo, obligar a girar a todo el sistema. El peronismo asumió la tarea de dismantelar el proyecto industrializador que él mismo había construido: ser «manager y publicista» de la implementación de «matrices de gobierno orientadas al mercado de signo neoliberal» (Cavarozzi y Casullo, 2002, 15). México bajo Salinas de Gortari, Argentina bajo Menem y Bolivia bajo el MNR demostraron que, como decíamos en ese entonces, «la salida de la matriz estado-céntrica y su reemplazo por modelos neoliberales fue llevada a cabo por los mismos partidos que la había construido» (Cavarozzi y Abal Medina, 2002: 16). Sin embargo, la desestructuración de los proyectos industrialistas y de la matriz estado-céntrica en general alejaron a los ciudadanos de la actividad partidaria, y debilitaron el sustento de legitimidad del sistema (Cavarozzi y Abal Medina, 2002, 16).

	Configuración partidaria al inicio de los 80	Reformas neoliberales	Estallido social a fines de los 90	Populismo	Configuración resultante
México	Partido Eje	Sí	Sí	Sí (nuevo partido)	Desestructuración del sistema
Argentina	Partido eje (peronismo)	Sí	Si	Populismo (mismo partido)	Partido eje (peronismo)
Bolivia	Partido sin sistema	Sí	Si	Populismo (nuevo partido)	Nuevo Partido sin sistema (MÁS)
Paraguay	Partido sin sistema	Sin reformas	No	Si (fallido)	Partido sin sistema

Ya en el año 2002, cuando fue publicado ese capítulo, quedaba en claro que el peronismo argentino iba en camino a ser la excepción sudamericana una vez más: el único partido-eje de la región que implementó reformas neoliberales (de hecho, quien lo hizo con más fuerza) (Panizza, 2013) y no fue víctima de su implosión. Los otros dos partidos-eje nacionales y populares que fueron decisores, ejecutores y garantes de las reformas neoliberales no pudieron sobrevivir de la misma manera a las explosiones sociales causadas por el agotamiento de esas mismas reformas. El MNR boliviano dejó de ser competitivo, y el PRI culminó su régimen hegemónico en el año 2000 con una derrota en las presidenciales; la victoria de Enrique Peña Nieto en 2012 y su fracasado gobierno fueron un final antes que una rehabilitación.

En gran parte, que el peronismo pudiera no ser arrastrado por las protestas contra el ajuste estructural que él mismo había llevado a cabo fue producto de una circunstancia afortunada: el estallido final sucedió una vez que dejó el gobierno, cuando ya gobernaba la Alianza entre la UCR y el FREPASO. La UCR y el FREPASO nunca lograron superar la desconfianza de origen, los ministerios se repartieron de una manera que multiplicó los bloqueos, y el presidente De La Rúa combinó una visión anticuadamente neoliberal de una sociedad que lo había elegido para realizar un giro, con la falta de interlocución con actores políticos, e incluso ciertas tendencias sorprendentemente autoritarias. Hay que señalar que el gobierno enfrentó factores adversos que escapaban a su con-

trol, como la decisión de Paul O'Neill (ministro de economía de George W. Bush) de utilizar a Argentina para dar un ejemplo contra el «moral hazard». Sin embargo, el empecinamiento y la falta de imaginación política del presidente De La Rúa no permitieron otro fin que el estallido social de diciembre del 2001, que gatilló la renuncia del presidente Fernando De La Rúa el 20 de diciembre de ese año.

El proceso de normalización de gobierno luego de la renuncia De La Rúa fue traumático: primero, con la corta presidencia del entonces gobernador de San Luis Adolfo Rodríguez Saa que duró un mes y asumió los costos de declarar el default de la deuda externa, y luego la presidencia provisional del senador por la provincia de Buenos Aires Eduardo Duhalde, nombrado por el Senado de la Nación en una solución casi desesperada. Impactado por el repudio a la represión policial que conllevó el asesinato de los militantes piqueteros Maximiliano Kosteki y Dario Santillán, Eduardo Duhalde tuvo que aceptar que no llegaría a ser convalidado como presidente por el voto popular (su objetivo desde mediados de la década del 90), y finalmente convocó entonces a elecciones que serían celebradas en el año 2023.

Los resultados de la elección presidencial dieron cuenta del altísimo grado de fragmentación de la oferta electoral, así como también de las preferencias del electorado. El peronismo se presentó dividido en tres fórmulas, y también fueron tres los candidatos que representaron el espectro no peronista. Esta fragmentación se reflejó en la relativa paridad entre los primeros seis lugares de esa elección:

Resultados elecciones 2003	
Carlos Menem	24,45%
Néstor Kirchner	22,45%
Ricardo López Murphy	16,37%
Adolfo Rodríguez Saa	14,11%
Elisa Carrió	14,05%
Leopoldo Moreau	2,34%

El candidato orgánico de la UCR, Leopoldo Moreau, obtuvo sólo el 2% de los votos; Patricia Walsh, de la izquierda, sacó el 1,7%. En un

hecho, Carlos Menem, el candidato que recibió más votos en la primera vuelta (el ex presidente Carlos Menem) decidiera no presentarse al balotaje. Por la defección de Menem, fue ungido presidente el ex presidente Néstor Kirchner.

La elección de 2003 marcó un punto de extrema erosión del sistema partidario argentino. El sistema partidario argentino se había mantenido como un bipartidismo estable entre 1946 y 1995, estructurado alrededor de la competencia entre dos partidos-movimientos: la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista. Cuando el país retornó a la senda democrática, lo hizo sustentado en dos partidos. En la elección de octubre de ese año, la UCR y el PJ se repartieron los votos de la elección presidencial, las bancas en el congreso de la nación, las gobernaciones (salvo un puñado de partidos provinciales) y los gobiernos municipales.

Sin embargo, el peronismo se recuperó más rápidamente que la competencia. Ya en el 2005 el nuevo espacio pan-peronista, bautizado «Frente para la Victoria», obtuvo una mayoría de los votos, y ganó la elección presidencial cómodamente en 2011. Desde el año 2003 hasta el 2015, el Frente para la Victoria (es decir, el Partido Justicialista más eventuales aliados), volvió a constituirse en el partido eje alrededor del cual se estructuró la competencia partidaria argentina. El bipartidismo argentino se recompuso de manera muy asimétrica: entre 2005 y 2007 lo hizo el antiguo partido-eje; entre 2007 y 2015, más lentamente, lo hizo la mitad no-peronista del espectro. Esa nueva coalición, sin embargo, sería diferente al viejo partido radical.

2007 a 2023: ¿renacionalización o porteñización?

La fragmentación opositora resultó de más difícil resolución que la del PJ, que supo verticalizar bajo un nuevo liderazgo, como es su estilo. La antigua UCR nunca pudo recuperar su antigua hegemonía, si bien logró reconstituirse desde el nadir histórico del 2% del año 2003 al volver a gobernar provincias (Corrientes, Mendoza, Jujuy) y sobre todo al recuperar una importante bancada legislativa. Sin embargo, en el año 2007, el voto opositor se fragmentó en las presidenciales, como también lo hizo en 2011.

Entre 2007 y 2011 el sistema partidario argentino tuvo, por un lado, al peronismo que había pendulado hacia la izquierda bajo la hege-

monía kirchnerista, y por el otro una oposición fragmentada, en la que se disputaban la centralidad espacios de centroizquierda no peronista (primero el ARI, luego el socialismo santafesino) y una opción de derecha franca construida pacientemente por Mauricio Macri. No es sorprendente que, siguiendo la tesis del partido eje, finalmente esta opción se quedara con todo: cuando el peronismo gira hacia opciones nacionales y populares, «sube» una oposición más a la derecha liberal.

La victoria de la coalición Cambiemos (PRO y UCR en el año 2015) pareció finalmente reconstruir un bipartidismo en Argentina. O, como sostiene Cruz (2021) se trató más bien de un «bicoalicionalismo», en donde se enfrentaron dos coaliciones formadas por un socio principal (justicialismo y PRO) y sus aliados minoritarios (la UCR aliada del PRO, partidos como EDE, el Frente Renovador en 2019, etc). Estos resultados permitieron comenzar a hablar de una «renacionalización» del sistema político argentino.²

Se ha publicado extensivamente sobre la desnacionalización del sistema de partidos de la Argentina post 1983. (Entre otros, ver Perbellini (2010); Freidenberg y Suárez Cao, (2014)). Es decir, es innegable que el sistema partidario se había fragmentado en un conjunto de identidades nacionales, por un lado, y se había desnacionalizado fuertemente, por el otro. Desde 2003 hasta 2023 el sistema se fue reconstituyendo lentamente. Dos procesos simétricos ayudaron a este re-centramiento del sistema: la re-hegemonización del peronismo por parte del kirchnerismo, y la victoria del PRO en la disputa por la hegemonía del campo opositor.

Este primer proceso interseca con el segundo, que fue el fortalecimiento del PRO primero y de Cambiemos (luego Juntos por el Cambio) después. A partir de la victoria de Mauricio Macri a la elección de Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, fue quedando progresivamente en claro que el partido vecinal de la capital del país iba a convertirse inexorablemente en el eje principal de una coalición opositora que tendría, por primera vez desde 2003, la capacidad real de disputar el poder al kirchnerismo por medios electorales. Tal destino quedó sellado cuando la Unión Cívica Radical aceptó asumir su papel de socio minoritario en la coalición mediante una votación en la Convención de Guale-

² Un dato, por ejemplo, ha sido la progresiva desaparición de minibloques y monobloques de la Cámara de Diputados de la Nación. En 2021, sólo quedaban 4. (Dirección de Relaciones Parlamentarias, 2023).

guaychú: a partir de ese momento, la UCR aportaría su despliegue territorial y el PRO el liderazgo de Mauricio Macri, sus fluidas conexiones con los sectores empresarios y con líderes internacionales, y su manejo mediático y comunicacional. Sin embargo, Mauricio Macri y su partido lograron más que sólo constituir una opción electoral: lograron construir una identidad política que, al combinar aspectos de antiperonismo tradicional, apelaciones a la cultural «alta» conservadora argentina, y aspectos de una nueva cultura política transnacionalizada, individualizada y amigable (Ramírez y Casullo, 2021) pudo reconstituir los lazos representativos con gran parte de aquella masa desencantada que Torre había bautizado como «los huérfanos de la política» del post 2001.

El desarrollo paralelo de los dos procesos (la hegemonización del PJ por parte del kirchnerismo, y la hegemonización del campo no peronista por parte de Mauricio Macri) disminuyó las tendencias centrífugas de la política nacional. No es que todos los participantes del juego político argentino se sintieran naturalmente contenidos en una de las dos opciones; antes bien, lo que sucedió es lo que podríamos denominar el progresivo angostamiento de lo que algunos analistas llamaron «la ancha avenida del medio», es decir, del espacio para que se desarrollara una tercera fuerza viable.³ El proyecto de acumular por fuera del bicoalicionismo estuvo (y está todavía) animado por las cifras de las encuestas de opinión, que muestran hace una década una alta proporción de respuestas insatisfechas con las dos opciones mayoritarias y una demanda, o al menos un deseo, de que los representantes electos generen consensos y

³ No es que hayan faltado interesados en lograrlo, sino que quedaron en el camino. Martín Sabbatella y su fuerza «Nuevo Encuentro» se plantearon como la superación del PJ y del neoliberalismo en la elección del año 2009, cuando obtuvieron el XX de los votos. El socialismo santafesino también pareció por un momento estar en posición de dar el salto de la provincia de Santa Fe a la escena nacional y consolidarse como una «tercera vía» con identidad propia. En el año 2013, Sergio Massa formalizó su ruptura con el PJ y armó una nueva fuerza que supuestamente iba a resolver la grieta entre «Argen» y «Tina»; en las elecciones legislativas de 2013 tuvo muy buenos resultados en la provincia de Buenos Aires, y compitió en las presidenciales del 2015. Sin embargo, en el 2019 terminó formando parte de la oferta peronista, el Frente de Todos, y fue parte importante en su victoria. Se pueden agregar nombres al proyecto de la ancha avenida del medio: lo intentaron en 2019 el ex ministro de economía de Néstor Kirchner, Roberto Lavagna y el entonces gobernador de Salta Juan Manuel Urtubey, que compartieron fórmula. En 2023 anunció su intención de competir el gobernador de la estratégica provincia de Córdoba, Juan Schiaretti; lo mismo hizo el ex candidato a vicepresidente de Mauricio Macri, el rionegrino Juan Manuel Pichetto.

colaboraciones. Sin embargo, la promesa de generar una representación homogénea de esas «masas disponibles» ha quedado, hasta ahora, sólo en eso: una promesa.

¿Re-nacionalización o porteñización?

La progresiva estabilización del bicoalicionismo argentino permitió hablar de una «renacionalización» del sistema de partidos argentinos (Cruz, 2021). Sin embargo, el uso de esta etiqueta puede resultar engañoso, sobre todo en relación con la dimensión que tiene que ver no sólo con la distribución de la «coordinación estratégica del electorado» sino «los procesos de entrada estratégica de las elites», como señalan Varetto y Palumbo (2019: 125).

Un sistema partidario nacionalizado⁴ simplemente implica uno en donde la competencia política nacional y subnacional son más o menos congruentes, y donde las lógicas partidarias se replican de manera más o menos similar en los tres niveles (local, provincial y nacional). La conformación de una esfera de competencia «nacionalizada» implicaría en términos ideales justamente eso: la aparición de un nivel con una lógica propia en donde se discutan y se negocien cuestiones que tienen que ver con temas de interés general para todo el país, que existen en otro nivel (pero impactan y se relacionan) con problemáticas regionales. Para que esto suceda, no sólo deben coordinarse los electorados, sino que las elites de diversos territorios nacionales deberían tener posibilidades similares de participar en la competencia electoral. Las temáticas de todas las regiones del país deberían tener la misma capacidad de impacto en la agenda pública. Esto no es lo que sucede en Argentina. Sin embargo, no se trata de que la competencia política se haya re-nacionalizado de manera homogénea, sino que se ha «porteñizado». A su vez, este predominio de personas, temáticas y circuitos comunicacionales del área metro-

⁴ Dosek (2015) señala tres sentidos básicos para el concepto de nacionalización: 1) la homogeneidad del apoyo electoral de los partidos entre las unidades del territorio (Jones y Mainwaring, 2003; Caramani, 2004; Lago y Montero, 2010; Vasselai, 2009); 2) la homogeneidad de los resultados electorales en las elecciones nacionales y subnacionales (provinciales o locales) y en qué medida los partidos políticos compiten en ambos niveles (Leiras, 2010; Gibson y Suárez Cao, 2010); 3) la homogeneidad del cambio (inter)electoral (electoral swing) de unas elecciones a otras entre las distintas unidades subnacionales (Morgenstern et al., 2009).» (Varetto y Palumbo, 2019: 124).

politana del país (ciudad de Buenos Aires y su área conurbana, y esporádicamente algunas cuestiones que provienen del gobierno de la Provincia de Buenos Aires en La Plata). El mentado proceso de renacionalización, que se dio en nuestro país más o menos a partir del año 2007 (año en el cual, con la elección de Mauricio Macri a Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, comenzó a rearmarse el espectro no-peronista del campo político), no implica una nacionalización simétrica, sino la constitución de una esfera de competencia fuertemente unitaria, o, si se quiere, porteña.

Me concentraré en una dimensión de la progresiva porteñización de la política nacional puede verse en los perfiles de los y las candidatos presidenciales desde 1983 a la fecha. A saber,

Candidato	Partido	Rol	Provincia
1983			
Raúl Alfonsín	UCR		PBA
Ítalo Luder	PJ	Ex senador Santa Fe	Santa FE
Oscar Alende	PI		PBA
1989			
Carlos Menem	PJ	Gobernador	La Rioja
Eduardo Angeloz	UCR	Gobernador	UCR
Alvaro Alsogaray	UCEDE		Ciudad de Buenos Aires
1995			
Carlos Menem	PJ	Presidente	La Rioja
Jocce Bordón	Frente País	Ex Gobernador	Mendoza
Horacio Massaccessi	UCR	Gobernador	Río Negro
1999			
Fernando De La Rúa	Alianza	Jefe de gobierno	CABA
Eduardo Duhalde	PJ	Gobernador	PBA
Domingo Cavallo	Acción por la República	Ex ministro de economía	CABA

2003			
2007			
Cristina Fernández	Frente para la Victoria	Senadora	PBA
Elisa Carrió	ARI	Diputada por CABA	CABA
Lavagna	UCR y aliados	Ex ministro de economía	CABA
Alberto Rodríguez Saa	JUyL	Gobernador	San Luis
2011			
Cristina Fernández	FPV	Presidente	PBA
Hermes Binner	FAP	Gobernador	Santa Fe
Ricardo Alfonsín			PBA
2015			
Mauricio Macri		Jefe de gobierno	CABA
Daniel Scioli		Gobernador	PBA
Sergio Massa		Diputado	PBA
2019			
Alberto Fernández	FdT	Ex jefe de gabinete	CABA
Mauricio Macri	Juntos por el Cambio	Presidente	CABA
Roberto Lavagna	Consenso Federal	Ex ministro de economía	CABA

Este cuadro intenta mostrar la progresiva monopolización de las candidaturas presidenciales por parte de figuras políticas surgidas de la política de la Ciudad de Buenos Aires o la provincia de Buenos Aires. El último gobernador de una provincia que fuese la provincia de Buenos Aires o la Ciudad de Buenos Aires en competir con alguna chance fue Hermes Binner, el entonces gobernador de la populosa provincia de Santa Fe por el Frente Progresista. Desde ese entonces, todos los candidatos presidenciales más votados fueron políticos surgidos de la política de la ciudad de Buenos Aires o la Provincia de Buenos Aires. Que, además,

cada vez más funcionan como dos mitades unidas por vasos comunicantes por las cuales viajan candidatos y candidatas de ida y vuelta: Daniel Scioli pasó del peronismo capitalino a la vicepresidencia de la nación y de ahí a la gobernación de PBA; Axel Kicillof ganó la gobernación de la PBA a pesar de no haber tenido base territorial en ese distrito. María Eugenia Vidal era la vicejefa de Mauricio Macri en CABA, de ahí saltó a la gobernación de la provincia, y luego retornó a la política de la capital para ser candidata a diputada; Diego Santilli, vice de Rodríguez Larreta en el gobierno capitalino, encabezó la lista de diputados bonaerenses en 2021.

El predominio de los circuitos políticos centrados en el Área Metropolitana se refuerza si miramos a los contendientes que aparecen en los primeros lugares la disputa para encabezar la boleta presidencial en 2023:

- ◆ FPV: Sergio Massa (actual ministro de economía, ex jefe de gabinete de la nación, ex intendente de Tigre, ex diputado por la PBA), Eduardo «Wado» De Pedro (actual ministro del Interior, nacido en Mercedes, PBA), Axel Kicillof (gobernador de PBA), Daniel Scioli (ex gobernador de PBA, actual embajador en Brasil) Juan Grabois (dirigente social). Podría sumarse aquí a dos dirigentes que renunciaron a presentarse a la elección: actual presidente, Alberto Fernández (dirigente del PJ de la Ciudad de Buenos Aires) y la actual vicepresidenta, Cristina Fernández de Kirchner, que renunció a su cargo de senadora por la PBA.
- ◆ Juntos por el Cambio: Horacio Rodríguez Larreta (actual jefe de gobierno de CABA), Patricia Bullrich (presidenta del PRO, ex ministra de seguridad 2015-2019, surgida del peronismo de la CABA), Gerardo Morales (gobernador de Jujuy), Facundo Manes (Diputado por PBA, médico y autor conocido por su trabajo en la Fundación Favaloro, en CABA). María Eugenia Vidal (diputada CABA, ex gobernadora PBA, desistió de competir por la presidencia a principios del 2023), Miguel Angel Pichetto (ex senador por Río Negro, ex candidato a vicepresidente de Mauricio Macri en 2019, en los tres últimos años hace política basado en la PBA).
- ◆ Espacio libertario: Javier Milei (economista, divulgador y youtuber, panelista de TV de cable, con fuerte presencia en medios de CABA).

- ◆ Frente de Izquierda: Myriam Bregman (diputada nacional por CABA), Nicolás del Caño (diputado nacional por PBA), Gabriel Solano (dirigente de CABA).
- ◆ Espacio cordobecista: Juan Schiaretto, gobernador de Córdoba, peronista no perteneciente al FdT.

Con la excepción del gobernador peronista-cordobecista Juan Schiaretto y el gobernador radical de Jujuy, Gerardo Morales, la totalidad de los dirigentes que disputarán las Primarias Abiertas Obligatorias y Simultáneas como precandidatos a la presidencia con algunas chances provienen de la capital del país o de la provincia de Buenos Aires. Pero también hay que señalar que los tres precandidatos que aparecen en este análisis etiquetados como provenientes de la PBA requieren calificativos: Axel Kicillof ganó la gobernación «bajando» a la provincia desde la ciudad de Buenos Aires, igual que hizo Daniel Scioli en el año 2007; ninguno de los dos era una figura surgida de la política provincial como lo fue en su momento Eduardo Duhalde. Facundo Manes es diputado electo por PBA porque nació en Zárate, pero se hizo conocido en la esfera pública por su carrera como neurocientífico y médico de la Fundación Favaloro, es decir, más bien basado en CABA. Sergio Massa sí puede decirse que cuenta con una base territorial en el Partido de Tigre, que gobernó dos veces como intendente. En todo caso, puede plantearse como hipótesis que la zona aledaña a la ciudad de Buenos Aires, lo que se suele conocer como «el Conurbano» (aunque habría que agregar aquí los partidos de la Zona Norte, que no suelen ser incluidos en esta categoría tan vaporosa como sólida imaginariamente), presenta vías de acceso a la «política nacional», mientras que las ciudades del «interior» de la mayor provincia del país por peso poblacional y económico están tan remotas como las de la Patagonia.

Tan fuerte es el efecto centrípeta de la zona metropolitana en política, que figuras políticas que surgieron en provincias de la periferia terminan afincándose en la capital o en su zona de influencia. Esto no siempre fue así: Carlos Menem nunca compitió en otro distrito que La Rioja (salvo la presidencia), Hermes Binner nunca hubiera abandonado la política santafecina. Sin embargo, Néstor Kirchner, Cristina Kirchner y su hijo Máximo abandonaron de hecho su origen de Santa Cruz y fortalecieron su control de estratégicos partidos del conurbano bonaerense, con una base electoral en La Matanza y otros partidos del sur. Nicolás

del Caño hizo lo mismo con Mendoza. Miguel Angel Pichetto (ex vicepresidente de Mauricio Macri) fue senador por Río Negro durante décadas, pero lanzó su precandidatura presidencial en la provincia de Buenos Aires.

Un caso de pérdida de peso específico provincial: la provincia de Córdoba

Un buen caso para ilustrar la pérdida de peso relativo de las provincias y de los gobernadores en la política nacional es ver lo sucedido con la figura de los gobernadores de Córdoba. Es interesante analizar los desafíos de la viabilidad electoral de una tercera fuerza basada en la provincia mediterránea en este siglo. La provincia mediterránea es y siempre ha sido un motor de la economía, la cultura y la política argentina. Fue la sede de la primera universidad del país, en donde se inició el movimiento juvenil de protesta de la Reforma Universitaria en 1918. Córdoba siempre tuvo una identidad política propia, rebelde y autoorganizada. Durante la década del 60, la clase obrera de las industrias automotrices radicadas en la provincia generó una serie de organizaciones sindicales corte clasista (no peronista) que impulsaron la resistencia contra la dictadura del general Juan Carlos Onganía en lo que se conoció como «El Cordobazo» en 1969.

La provincia fue un bastión de la Unión Cívica Radical durante casi todo el siglo veinte: tanto fue así, que de allí provinieron dos candidatos presidenciales de ese partido: Arturo Illia en 1966 y Eduardo Angeloz en 1989. Además, el radicalismo cordobés impuso a Raúl Martínez como candidato a vicepresidente de Raúl Alfonsín. (Y, si bien el candidato de la UCR en 1999, Fernando De La Rúa, ascendió hasta el sillón de Rivadavia desde la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, hay que señalar que había nacido y se había iniciado a la política en la provincia mediterránea.) En 1989, el entonces gobernador de Córdoba Eduardo Angeloz pudo imponer su candidatura presidencial frente al candidato preferido de Raúl Alfonsín, Dante Caputo. Aún en un año en donde la UCR pagó los costos electorales de la hiperinflación, Angeloz obtuvo el 38% de los votos.

Con la victoria del peronista Juan Manuel De La Sota en 1999, la provincia que había sido un bastión del radicalismo se transformó en un bastión del peronismo, bajo el control de Juan Manuel De La Sota por

24 años, De La Sota y su segundo y sucesor, Juan Schiaretti, controlaron la provincia sin sobresaltos. Aún en años de crisis, nadie pudo causar sobresaltos a su poder dentro de la provincia. Sin embargo, estos cordobeses nunca pudieron transponer su capital hacia el nivel nacional. Esto ya sucedió en el año 2002. Cuando Eduardo Duhalde decidió no competir por la presidencia, ofreció su apoyo a De La Sota en su proyecto de bloquear una nueva victoria del ex presidente Carlos Menem. Sin embargo, la figura de De La Sota no suscitó ningún interés a nivel nacional esperado (o, como reportaron los diarios en ese momento, «no movió el amperímetro»); finalmente, el elegido de Duhalde fue Néstor Kirchner.

De La Sota y su sucesor Juan Schiaretti no tuvieron una convivencia fácil con la nueva hegemonía kirchnerista dentro del peronismo. El punto de no retorno se dio en el año 2013, cuando De La Sota acusó a la entonces presidenta de no asistir a la provincia con fuerzas federales de seguridad en ocasión de una huelga policial que conllevó saqueos y disturbios. La vía elegida fue la construcción de una independencia política equidistante: De La Sota y Schiaretti nunca dejaron de definirse identitariamente como peronistas, pero en la práctica el cordobesismo se constituyó como un partido provincial. Tanto Schiaretti como De La Sota fueron respaldados una y otra vez por el voto popular en sus provincias; su provincia fue una de las zonas de alta productividad económica bajo el auge de las exportaciones agroganaderas y del repunte industrializador de inicios de este siglo, sus políticas, como los impuestos bajos y la fuerte inversión en obra pública, fueron alabadas una y otra vez como moderadas y amigables con sectores empresarios. Los votos cordobeses fueron cruciales para la victoria de Mauricio Macri en 2015 pero, aunque el cordobecismo se movió como un aliado del proyecto presidencial de Mauricio Macri, nunca se incorporó orgánicamente a Juntos Por el Cambio.

En 2023, Juan Schiaretti anunció que se lanzaría a la presidencia en 2023 como una nueva encarnación del proyecto de «superar la grieta». Al momento de publicación de este artículo, según parece sería el candidato de una fuerza política propia, probablemente acompañado por el ex gobernador de Salta, Juan Manuel Urtubey. Sin embargo, esa noticia no tuvo gran impacto. En junio de 2023, Horacio Rodríguez Larreta anunció que incorporaría a Schiaretti en apoyo de su proyecto presidencial en una alianza con su sector del PRO y con la UCR; se especulaba que el cordobés sería su candidato a la vicepresidencia. El ex presidente Mauricio Macri rechazó esa incorporación en términos casi humillantes

a pesar de haberse mostrado como casi un amigo personal en años anteriores, tildando a Schiaretti de «aliado del kirchnerismo» y juzgándolo como no merecedor de formar parte de «el cambio». Un gobernador, refrendado por los votos y con altas tasas de aprobación en su provincia, aparece como un subordinado «natural» de un liderazgo basado en CABA.

Las consecuencias para el sistema partidario argentino

Este proceso podría tener consecuencias estructurales para el sistema partidario argentino. Este artículo citaba a su inicio al concepto de «partido eje» presentado en Cavarozzi y Casullo (2002), en donde el peronismo cumplía el rol de eje central en la articulación del sistema político. En términos de Ostiguy (2009), el eje peronismo/antiperonismo era y sigue siendo tan importante como el eje izquierda/derecha; pero además, sin embargo, además, para Ostiguy existía una asimetría entre el campo peronista y el campo no-peronista, en el sentido en que los partidos de la oposición se movían en el espacio ideológico en gran medida como reacción a los posicionamientos del peronismo. Es decir, en los momentos en que el liderazgo peronista abrazó políticas neoliberales, el propio sistema decantó en una oposición ubicada en el cuadrante no peronista-centroizquierda; cuando el peronismo renovó su liderazgo y cambió sus políticas hacia el cuadrante peronista-centro izquierda, esto generó el ascenso de una oposición hegemónizada por un partido de derecha, es decir, por el PRO.

En esta parte final, presentaré la hipótesis de que la porteñización de la política argentina es uno de los factores que contribuyó a generar un cambio en esta dinámica de funcionamiento del sistema político argentino. Tal vez la Argentina se mueva hacia un sistema con dos «ejes»: un peronismo con su piso electoral disminuido, y una coalición no-peronista con su piso electoral muy aumentado. Es decir, un escenario de paridad electoral, sin partidos eje. Sin embargo, hay indicios para pensar que esta nueva coalición opositora tiene la posibilidad de transformarse ella misma en un nuevo «partido eje», ya que está más concentrada geográficamente, es más homogénea ideológicamente en su interior (Casullo y Ramírez, 2021), tiene un centro de liderazgo naturalizado (el jefe de gobierno de la ciudad de buenos aires), y tiene fácil acceso a los recursos materiales y simbólicos centrados en ese territorio.

Bajo estas condiciones, le será más difícil al peronismo seguir operando como ese «partido eje» según la descripción del año 2002. Esto tiene dos dimensiones. La primera es la electoral. Como se ha descrito anteriormente, el peronismo ha basado históricamente su fortaleza electoral en dos regiones: ciertos partidos (no todos) del área metropolitana de la ciudad de Buenos Aires («El Conurbano»), y las provincias de las periferias: el Noroeste, el Noreste, y la Patagonia. No es casual que dos de los presidentes electos del siglo veinte hayan sido gobernadores de provincias periféricas (La Rioja y Santa Cruz), otra senadora por Santa Cruz y luego Buenos Aires, y el otro presidente (no electo) gobernador de Buenos Aires. En las elecciones del 2003, Néstor Kirchner sólo ganó en la provincia de Buenos Aires (empujado sin dudas por el aparato electoral que aún tenía el duhaldismo), en la Patagonia, en provincias del NEA y el NOA. Un peronismo en el cual los gobernadores y gobernadoras de las provincias quedan cada vez más lejos de la competencia presidencial será un peronismo con dificultades para competir por votos en esas regiones, y que cada vez dependerá más de los famosos «votos de la Matanza» para competir. Pero como, además, la provincia de Buenos Aires ya está lejos de ser el infranqueable bastión peronista que supo ser, sino que más bien es un «swing district» que acompaña los vaivenes nacionales, es probable que al peronismo le cueste cada vez más ganar elecciones.

La segunda tiene que ver con la gobernabilidad. Una de las claves de la permanencia del peronismo como partido-eje tenía que ver con su carácter de «mayoría permanente» en el Senado desde 1983, con su mayoritario control sobre gobernaciones provinciales, y con la robustez de su bancada legislativa en general. Como la UCR también era un partido extendido territorialmente, durante las primeras décadas del siglo la negociación legislativa no estaba orientada por un único eje ideológico, o por el clivaje gobierno/oposición, sino también por intereses regionales o provinciales que cortaban transversalmente al carácter partidario. Como se explorará en el punto siguiente, un sistema en el cual estas negociaciones mediadas por lo subnacional desaparecen, puede terminar en mayor polarización y bloqueo legislativo.

Además, hay que resaltar que la «porteñización» no sólo impacta negativamente sobre los miembros de la coalición no peronista que tiene su base de poder en las provincias del interior. También «pierden» los gobernadores que forman parte de la coalición no peronista. Dentro de la misma, la hegemonía de políticos surgidos de la política porteña es

igualmente inquebrantable: su candidato natural es el jefe de gobierno de CABA, y es tan difícil imaginar que llegue a serlo el gobernador de provincias tan importantes como Mendoza, Córdoba o Corrientes. La centralidad natural de la figura del jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires dentro de la coalición es el factor que obliga al peronismo a encontrar una figura que pueda competir dentro de esa «zona núcleo» de la política argentina. Desde este punto de vista, la función de ancla centrífuga del sistema hoy la cumple la coalición hegemónizada por el PRO, no el peronismo.

El impacto en la gobernabilidad

Un posible contraargumento a lo explicado hasta este momento sería alguna variante de la clásica pregunta de: «¿a quién le importa?» La procedencia geográfica de los y las presidentes es un puro dato biográfico, que no tiene demasiada relevancia una vez que una persona accede al sillón de Rivadavia. La muy asimétrica distribución poblacional de la Argentina hace casi inevitable que la competencia por los votos se centre en el área metropolitana, donde se concentra el 40% del padrón electoral.

No es casual que la consolidación de un modelo bicoalicial en donde el rol de partido-eje ya no lo ejerce un peronismo territorializado, sino una coalición centrada en líderes y electorado de la Ciudad de Buenos Aires y sus zonas aledañas haya ido acompañado de un fuerte aumento en la polarización política (Quevedo y Ramírez, 2021). Después de todo, la Ciudad de Buenos Aires es un distrito que, por razones económicas, fiscales y de ordenamiento político, «depende» poco, tanto del estado nacional como de las otras provincias, para subsistir.

Un síntoma de este proceso puede verse en el proceso de largo aliento que ha culminado en crecientes dificultades en la capacidad de los/as presidentes para promover su agenda legislativa. En los últimos veinte años, a los presidentes les resulta cada vez más difícil sancionar leyes en el Congreso.⁵ Actualmente, se consolida esa dinámica polarizada que dificulta la tramitación ordinaria de los proyectos, fundamental-

⁵ Con 39 leyes sancionadas, el período legislativo del año 2023 fue la menos productiva de los últimos 40 años en términos de leyes aprobadas; sin embargo, esta tendencia a la inactividad del Congreso lleva varios años (Dirección de Relaciones Legislativas, 2023).

mente los del Poder Ejecutivo Nacional (PEN) o considerados clave para la agenda del gobierno. Esa tendencia, en varios aspectos del proceso parlamentario, alcanzó valores crecientes en estos tres últimos años. Para ello coadyuvan una razón estructural de la institucionalidad argentina que deriva de la Reforma Constitucional de 1994 y otra, de orden funcional, que tiene que ver con la conjunción de una dinámica creciente de polarización de las fuerzas políticas y una cierta paridad de poder parlamentario entre ambas.

Sin embargo, y para terminar, sostendremos que este último punto tiene consecuencias para la gobernabilidad del país. A priori, la ciencia política tiende a celebrar la existencia de un sistema más nacionalizado; como señala Clerici, la evidencia señala que una arena electoral caracterizada por liderazgos territoriales y alianzas incongruentes impacta negativamente en la coordinación legislativa, ya que erosiona la estructura gobierno-oposición y «afecta la capacidad de coordinación del oficialismo dentro de las comisiones porque genera divisiones subnacionales» (Clerici, 2023: 117). Sin embargo, como hemos mostrado, un sistema en donde la nacionalización no permite estas alianzas circunstanciales subnacionales transpartidarias, y en donde los liderazgos personales y la hegemonía de temas considerados «relevantes» se reduce a la esfera política y comunicacional de la ciudad de Buenos Aires, puede redundar en un sistema con niveles más altos de polarización y bloqueo. En un contexto fuertemente polarizado, con tensiones crecientes entre poderes, aumenta la capacidad de veto o bloqueo de otros actores, como el Poder Judicial, y se generan tensiones al interior del sistema político por la incapacidad de atender, o simplemente percibir, demandas de la ciudadanía, sobre todo de los lugares que quedan lejos del «centro» del sistema.

Referencias Bibliográficas

- Abal Medina, J.M. (2007). La política partidaria en Argentina: ¿hacia la desnacionalización del sistema de partidos? *Espacios Políticos*, 4, pp.2-3.
- Casullo, M.E. (2015). Argentina: del bipartidismo a la 'democracia peironista'. *Nueva Sociedad*, 257(julio-agosto), pp.16-28.
- Casullo, M.E. y Ramírez, I. (2021). Anatomía de la polarización política

- argentina. En: *Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (Aunque Digamos lo Contrario)*. Buenos Aires: Capital Intelectual, pp.35–69.
- Cavarozzi, M. y Casullo, M.E. (2002). Los Partidos Políticos en América Latina Hoy, ¿Consolidación o Crisis? En: *El Asedio a la Política: Los Partidos Latinoamericanos en la Era Neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens, pp.9–30.
- Clerici, P. (2023). Las consecuencias de la desnacionalización del sistema de partidos. De alianzas electorales y desempeño legislativo. En: *Imágenes Fragmentadas. Nacionalización partidaria, política multinivel y subnacional en Argentina*. Buenos Aires: UNSAM-CLACSO, pp.97–125.
- Cruz, F. (2021). De la fragmentación regional desequilibrada al bicoalicionismo. En: F. Cruz y G. Perez Alfaro, eds., *El reordenamiento del sistema partidario argentino después del terremoto*. Buenos Aires: China Editora.
- Freidenberg, F. and Suárez Cao, J. (2014). *Territorio y poder: nuevos actores y competencia política en los sistemas de partidos multinivel en América Latina*. Salamanca: Universidad De Salamanca.
- Dirección Nacional de Relaciones Parlamentarias. (2023). *Informe: Tensiones Estructurales y Funcionales de la Relación Ejecutivo-Legislativo*. Jefatura de Gabinete de Ministros, Buenos Aires.
- Gandulfo, A. (2010). El fenómeno de nacionalización-desnacionalización partidaria: Los casos de Tucumán y Formosa. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política.
- Melina, P. (2010). La relación (des)nacionalización/fragmentación en los sistemas de partidos latinoamericanos. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Buenos Aires.: Asociación Latinoamericana de Ciencia Política.
- Ostiguy, P. (2009). The High and the Low in Politics: A Two-Dimensional Political Space for Comparative Analysis and Electoral Studies. *¿Kellogg Institute Working Paper nr. 1670*. [online] Notre Dame University Press. Available at: <https://kellogg.nd.edu/documents/1670>.
- Panizza, F. (2013). *Contemporary Latin America: Development and Democracy Beyond the Washington Consensus*. London: Zed Books.

- Quevedo, L.A, y Ramírez, I. (2021) *Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (Aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Capital Intelectual, pp.35–69.
- Varetto, C. and Palumbo, P. (2019). La desnacionalización partidaria en Argentina. Un proceso oscilante y espasmódico. En: G. Mutti and A. Torres, eds., *Procesos electorales en perspectiva multinivel: gobernanza electoral y comportamiento político en Argentina*. Rosario: UNR Editora, pp.122–140.